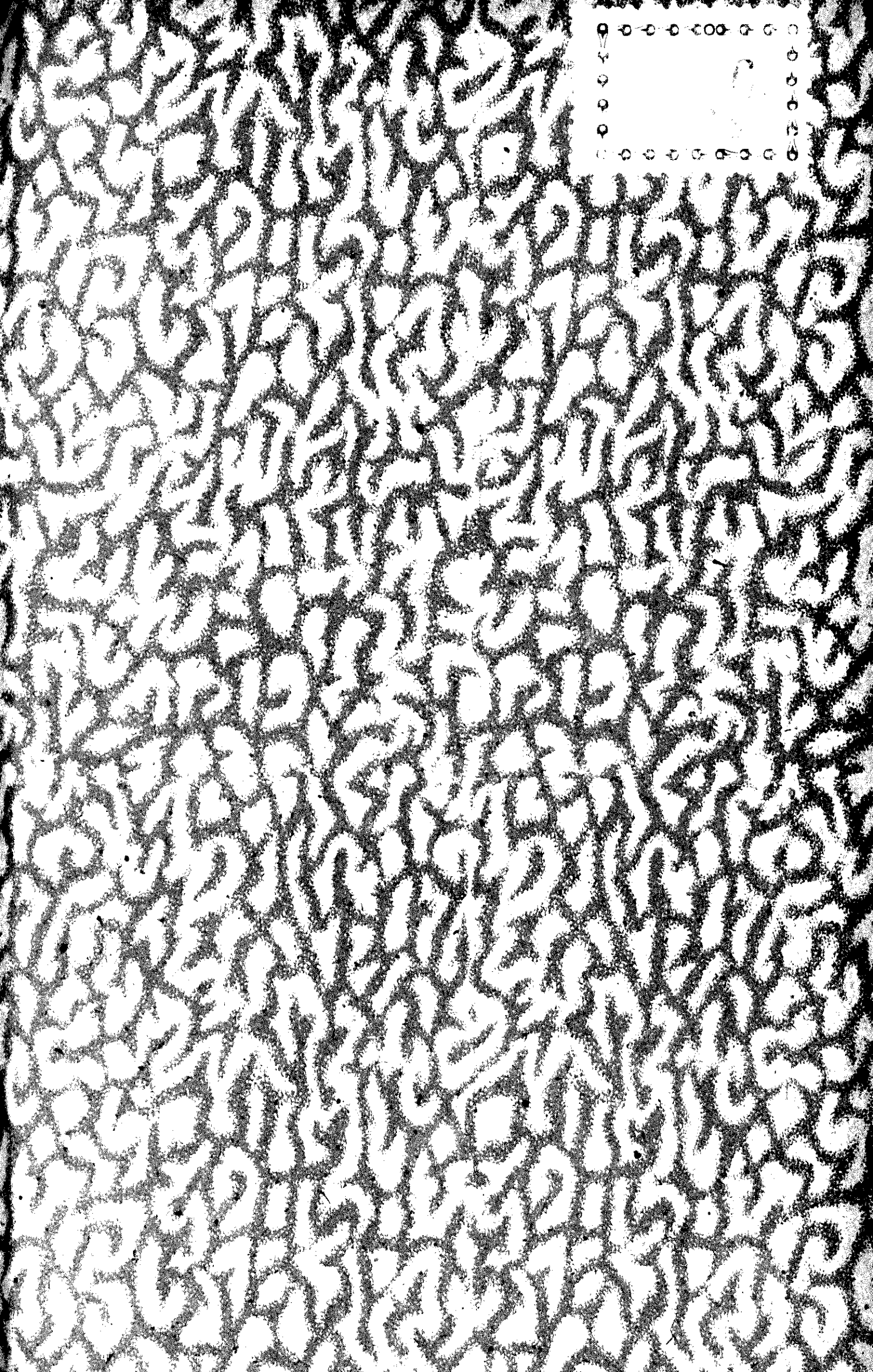




VIDA Y ARTE

I



JULIO HERRERA REISSIG

OBRAS DE F. VILLAESPESA

POESÍA

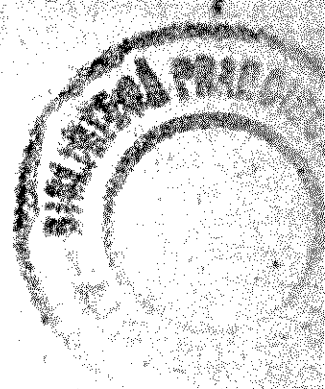
Intimidades (tercera edición).
Flores de almendro (segunda edición).
Luchas (tercera edición).
Confidencias.
La copa del Rey de Thule (tercera edición).
El alto de los bohemios (segunda edición).
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiæ Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental (segunda edición).
El mirador de Lindaraxa.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.

EN PRENSA

El balcón de Verona.
La musa gitana.
Leleilas.
Castilla.

PROSA

Zarza florida.
El milagro de las rosas.
El último Abderramán.



La venganza de Aischa.

Vida y Arte:

I Julio Herrera Reissig.

La partida de ajedrez.

EN PRENSA

Las granadas de oro.

La torre de la cautiva.

Vida y Arte:

II Eugenio de Castro.

III Rufino Blanco-Fombona.

IV Julián del Casal.

V José Asunción Silva.

VI Juan R. Jiménez.

VII Guillermo Valencia.

VIII Antonio Nobre.

TEATRO

La Gioconda (traducción de G. D'Annunzio).

EN PRENSA

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cinco actos y en verso).

El Halconero (poema trágico en tres actos y en verso).

Aben Humeya (tragedia árabe en cinco actos y en verso).

Bolívar (epopeya americana en cinco actos y en verso).

El suspiro del moro (tragedia árabe en cinco actos y en verso).

Hernán Cortés (epopeya americana en cinco actos y en verso).

Sacrificada (comedia en tres actos y en prosa).

Idolos rotos (comedia en un acto y en prosa).

Crepúsculo (poema dramático en un acto y en prosa).

El triunfo (comedia en tres actos y en prosa).

9/5989

DL-R-152

VIDA Y ARTE

FRANCISCO VILLAESPES



I

JULIO HERRERA REISSIG

POESÍAS

MADRID

IMPRENTA HELÉNICA

Pasaje de la Alhambra, 3

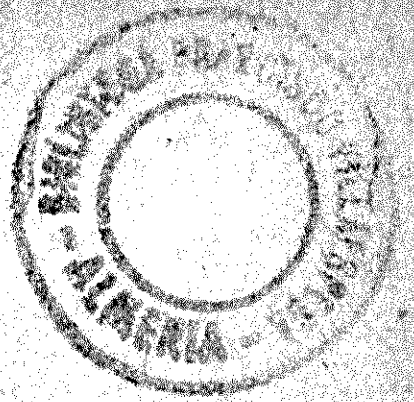
MCMXI



A la intelectualidad uruguaya, fraternalmente,

VILLAESPESA.

Madrid, 7 de Julio de 1911.



JULIO HERRERA REISSIG

Conferencia pronunciada por
F. Villaespesa, en la Unión Ibe-
ro-Americana, de Madrid, la
tarde del 7 de Julio de 1910.



En plena juventud heroica, después de haber extenuado de amor á las Musas entre sus brazos insaciables, y cuando ya la Gloria, con las alas abiertas como una Victoria siracusana, atraída por la fama imperial y soberbia de este nuevo y magnífico Salomón de la rima, se dirigía á su tienda, á la manera de una Belkis fabulosa, roja de púrpuras y deslumbrante de gemas, acaba de morir en Montevideo — vasta ciudad del Futuro — un alto poeta signado augustamente por la máxima sangre latina.

El ávido buceador del misterio, el alma

extática y visionaria que de la diestra firme y familiar del Dante, descendió tantas veces á las aguas negras y fatales de lo Desconocido, para surgir como una quimérica divinidad marina, con las manos colmadas de perlas y los cabellos desbordantes de corales y de algas, se ha hundido para siempre en la profundidad infinita de los mares, en la fascinación del Océano que tanto le atraía.

De todos los poetas definitivos de la América, Julio Herrera Reissig era el menos conocido, no sólo en España, sino en su propio continente.

Su orgullo olímpico de divino artista, que, como Pisanello, sabía esculpir en el más puro bronce la más soberbia flor de vida y la más santa flor de muerte, le alejó de toda degradante convivencia literaria, y su altivez legendaria, hecha de medula de leones y de héroes, jamás se profanó mendigando elogios y consagraciones de los pontífices de la crítica oficial.

Vivió solitario, indemne de toda decadencia, fiero é inmutable como un busto cesáreo, grabado prodigiosamente para la eternidad de los días y la admiración de las gentes en la materia más imperecedera.

Y, sin embargo, no conozco otro poeta más apto para conquistar altas metas, para arrastrar tras el gesto victorioso de su arte imperial, el entusiasmo frenético de las multitudes clamorosas, ávidas de ideales, para dominar la cumbre que en su mármol eterno encierra el más precioso ensueño del alma latina.

Este poeta, cuya estirpe es sagrada, como la de Tibulo, la de Marcial y la de Ovidio, debió estremecerse en sus venas más ocultas é inclinar el alma férvida y pura ante el milagro de su propia poesía.

El, cuya imaginación tuvo la pompa fastuosa de los mitos de Oriente, y cuyo espíritu fué claro y ligero como aquel Iliso que los helenos armoniosos divinizaran, vistió al fantasma con la plata, con el ama-

ranto, con el oro y con la púrpura, y veló el rostro inaudito con la sombra melodiosa de los cielos.

Como los padres de la Hélada, sintió en las anchas venas homéricas el sonoro latir de la fábula, y con su maravillosa virtud creadora pudo expresar, no sólo el símbolo de las cosas, sino su llama interna é inextinguible.

Con su viva aspiración constante y desmesurada hacia las plenas armonías, con sus pródigas manos difundidoras de la luz y de las sombras, con su rítmica inteligencia engendradora de las más fúlgidas alegorías y de los más plásticos simulacros, extrajo del Universo la verdad absoluta, la verdad más pura de la poesía, aquella cuyo conocimiento es la más suprema victoria de la vida.

El poeta, antes de la hora trágica de la muerte, pudo ver propagarse en los cielos el resplandor insólito de su propia llama; pudo aspirar en los aires, cargados como

navíos desbordantes, la embriaguez de todos los perfumes de la tierra; pudo escuchar la música salvaje y sobrehumana de la piedra y contemplar la sombra del Dios inclinado sobre su alma pensativa, y pudo sentir el canto de su corazón vibrando con el gran corazón del mundo.

Ninguno ha poseído modernamente una noción más pura é integral del Arte, ni nadie dejará tras de sí huellas más perdurables.

Su poesía vencerá al tiempo y al Olvido, sagrada y blanca, como una Palas Athenea en la cima de oro de la Acrópolis.

Cinceló sus estatuas para la eternidad, y al acabarlas, extático ante ellas, pudo también repetir, ardiente de fervor y llameante de gloria, golpeándolas con su martillo creador, la frase inmortal del titán del Renacimiento, de aquel bárbaro y formidable Miguel Angel:

— ¡Parla!

Cuando de tantos versificadores españo-

les é hispano-americanos no quede más que el recuerdo vacuo y borroso de las Antologías, los espíritus de elección seguirán aún comulgando en estos bellos cálices de oro que Herrera Reissig buriló, con la misma voluptuosa y sabia virtuosidad con que los escultores griegos modelaban, sobre los senos de las vírgenes, los vasos sacros para las libaciones rituales.

A pesar de lo extraño y complejo de su técnica, no conozco otro poeta más dulce y claramente sincero, y para mí la sinceridad es algo así como el corazón del Arte. Su poesía es toda la medula y la carne de su alma; á su contacto sentiréis el cálido y armonioso palpitar de la sangre; y si compleja y extraña fué su técnica, cúlpese al medio, extenuador de sus heroicos ensueños, y á la imperfección del instrumento aún incapaz de traducir en toda su profusa y heterogénea variedad las nuevas y complicadas músicas interiores.

Si los verdaderos poetas pudiesen ase-

mejarse entre sí — pues lo que parece á veces homogeneidad de matices no es más que impotencia visual del espectador —, yo os diría que con este maravilloso poeta muerto tienen algunos puntos de contacto dos singulares espíritus, selectos entre los selectos, admirados por todos los que aún sienten el divino y trepidante fervor de la Belleza. Me refiero á Juan R. Jiménez, el más sutil de los poetas españoles, y á Guillermo Valencia, el más hidalgo y castellanamente aristocrático de los poetas americanos. Julio Herrera poseía hasta la fiebre la exquisita, mórbida y penetrante sensibilidad del autor de *Arias Tristes* y *Jardines lejanos*, y esa suprema distinción señorial, blasón de raza, que empenacha heráldicamente la labor bizarra del prócer creador de *Ritos*; pero sin degenerar nunca en la monótona y lenta salmodia sentimental, en la que decae, á veces, por exceso de soledad y de egolatría, el extático poeta andaluz, ni en la seca rigidez intelectual, hija

bastarda de ciertas y corrosivas influencias nietzscheanas, que de cuando en cuando entorpece ó inmoviliza el ágil ritmo y la sonora fuerza del supremo exaltador colombiano.

Herrera Reissig amaba el fausto sonoro, purpúreo, magnífico y expresivo, no el fausto bizantino y deslumbrante que tanto adora la pupila etiópica de Rubén Darío, ni las sonoridades ensordecedoras y gárrulas á que tan aficionados son los oídos plebeyos y bereberes de Salvador Rueda, sino aquel fausto y aquella sonoridad que sintetizan la fuerte belleza de la oda pindárica, la gracia plena y armoniosa de la línea latina, y el misterio suntuoso y acerbo del ensueño semita. ¡No en vano el alma de este gran poeta—gracia, fuerza y videncia—, era la más pura y soberbia resultante de las tres gloriosas corrientes étnicas, que al fundirse en los crisoles de estas tierras de sol y de armonía, plasmaron el más duro y sonoro bronce de la raza, destinado por la Na-

turaleza á moldear las más bellas y victoriosas estatuas del Futuro!

Solo, como un noble señor infanzón, en su simbólica «Torre de los Panoramas», huraño á la vulgar hostilidad del medio, labró sus versos y esculpió su vida, lejos de lo que él llamaba la Santísima Trinidad literaria: El Egoísmo, la Envidia y la Hipocresía.

Algunos de esos pobres cerebros de proselitismo y de inferioridad, acusarán de salvaje y de inhumana esta ceñuda soledad del poeta, repitiendo de nuevo el estribillo, tan conocido y tan miserable, de que á su poesía le falta el calor de entraña de la raza porque no se ha ensordecido en los tumultos del Foro ni ha quemado su púrpura en el polvo de los caminos.

Esos seres que componen eternamente la multitud bestial y ululante que aclamó á César bajo las águilas del Capitolio, y que más tarde, con sus manos sangrantes é inconscientes, prontas siempre para la acla-

mación y el asesinato, manchó la augusta toga imperial, leen á los falsos profetas, á los pseudo-videntes, los únicos que están al alcance de su mentalidad deprimida, y como en éstos la poesía, la única verdad divina, no es sino una modalidad superficial y vana, maldicen al poeta verdadero porque en sus cantos no resuena el rugir famélico del monstruo, el vasto clamor oceánico de las muchedumbres.

El poeta, como un Dios, no vive dentro del límite del tiempo. Como en Delfos, él dirá la palabra que sonará armoniosamente en la gracia melódica de los templos, y, como Apolo, desde la colina más alta del Atica, señalará el vértice futuro. Los helenos de estirpe de luz, los hebreos de profunda esencia profética, los árabes de sangre divinizada por el sol, los indios de alma llameante, lo han dicho en sus sabias lenguas madres: Ser poeta es ser vidente.

Las multitudes han de inclinarse ante el poeta, ante el hombre representativo, que

ha de darles el pan del espíritu y que ha de encender en sus corazones la lámpara inextinguible que les alumbrará el camino del porvenir. Su mano es la única que sabe hacer brotar el agua en las arideces del desierto, y su palabra, como la de Jesús, es la sola que puede realizar el milagro del pan y de los peces.

Al poeta le basta, para ser humano, sentir en su alma la ansiosa y profunda palpitation de la raza y abrir á los hombres la bárbara selva del futuro. Julio Herrera Reissig lo entendió así, y, desbordante de ardiente vitalidad gloriosa, la prodigó á manos llenas en sus amplias estrofas; y con arte sutil y maravilloso supo hacer de su alma como el mágico espejo de Afrodita, en el que se reflejaba todo el azul melodioso de sus ojos y toda la gracia infinita de los cielos, de la tierra y de los mares.

Generoso sembrador de ideales, cumplió su destino, llenando los surcos de gérmenes sagrados. ¿Qué importaba que la tierra

no estuviese en condiciones de recibirlos? Las aves de los cielos descenderían en un cándido y místico revuelo de estrofas aladas, y, recogiénolos en sus picos, les harían fructificar en lejanas tierras de fulgor; pues nada se extingue ni se pierde en las siembras inmortales.

Yo os quisiera representar, á la manera de aquel Giorgione que animó la vida luminosa y ambigua de las antiguas divinidades, la imagen sugestiva de este poeta, íntimamente taciturno y trágico, como todos los que viven, atentos y desvanecidos, en el claro-oscuro del umbral del misterio. Os representaría, fanática y cruelmente, un alma y un cuerpo en carne viva, circundados de llamas, como en el Purgatorio de un retablo primitivo. Sólo imaginándole de este modo angustioso de martirio y de sobrehumana tortura, podrías comprender la sensibilidad profundamente dolorosa del poeta.

Julio Herrera Reissig vivió del dolor y



del dolor murió santamente, con el uncioso recogimiento del que sabe todas las vanidades de la vida y tiene conciencia plena y fe entrañable en el milagro del Más Allá.

Como Baudelaire, como Verlaine, como Albert Samain, las más fragantes hojas del laurel de Francia, Julio Herrera señala un alto vértice en nuestras letras, abre al infinito las puertas áureas de la fantasía, y con los más puros mármoles y los bronce más sonoros levanta, al nuevo sol, el templo del Futuro.

La historia de este excelso poeta va unida á la de las nuevas y poderosas corrientes literarias que Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva iniciaron en América, y, que luego sintetizó definitivamente Rubén Darío en sus *Prosas profanas*; tendencias que ya habían florecido pródigamente en España con aquella gloriosa falange de poetas que se llamaron Rosalía de Castro, Amós Escalante, Manuel Reina, Alfredo Vicenti y Ricardo Gil, y que

acaso tuvieron su raíz prematura, pero profunda, en la poesía sutil y personalísima de Gustavo Adolfo Becquer.

En América se propagaron con inusitada rapidez, libres de toda trata convencional; pero la misma feracidad virgen del suelo propicio, les hizo desarrollarse en una vegetación viciosa á fuerza de ser lozana. En España, por el contrario, teniendo que luchar con las imposiciones tradicionales, contra perjuicios consagrados por las centurias como dogmas infalibles, se propagaron más lentamente; pero efecto quizás de esta lentitud y de estos obstáculos, se purificaron, acendrándose, y arraigaron más profunda é intensamente. Mas allá y aquí resuenan hoy confundidos en un mismo clamor de admiración los nombres gloriosos de los vencedores: Valle Inclán, Benavente, Juan R. Jiménez, Valencia, Lugones, Amado Nervo, Pichardo, Urbina, Vargas Vila, Gómez Carrillo, Blanco-Fombona, Marquina, Jaimes Freire, Baroja, Unamu-

no, Dominici, Díaz Rodríguez, Chocano, y tantos otros como son prez y orgullo de veinte pueblos libres, pero unidos por el lazo común de la sangre y del idioma.

Julio Herrera Reissig, con esa proteica mentalidad, la más fervorosa concreción de nuestra raza en América, que se llama José Enrique Rodó, y con ese otro fuerte y luminoso intelecto, austero y armónico como un discípulo de Platón, Víctor Pérez Petit, representó en las paradisíacas riberas orientales del Plata, el triunfo de las nuevas orientaciones que, como reacción lógica contra el prosaismo y vulgaridad ambientes, infiltraron en nuestras letras, anquilosadas en el quietismo de una retórica fósil, la fuerza renovadora y fecunda de la más suprema de las libertades: la libertad del pensamiento, en su fórmula más noble y bella: la de la expresión.

Es cierto que en la confusión caótica é incosciente de la lucha, aquel movimiento degeneró á veces en la más desenfrenada

anarquía; pero no es justo inculpar á los nuevos Cruzados de los excesos de sus legionarios ebrios de juventud y de fuerza.

Y en medio de aquellas hordas clamorosas y desgrefñadas de poetas, de nuevos bárbaros que armados de hachas y de lanzas penetraban, al asalto, en las amuralladas ciudades seculares, derribando antiguos idolos y mutilando estatuas muertas en el frío silencio de las Academias y de los Museos, la personalidad de Julio Herrera adquiere, en plena adolescencia, un formidable relieve épico: tal una cicóplea estatua ecuestre de Alejandro, en los últimos límites de la Europa, señalando con el gesto imperioso de su espada, á los nuevos guerreros del ideal, la pompa fabulosa y los tesoros deslumbrantes del Asia. Nobleza obliga. No estérilmente el poeta era la flor superba de cien gloriosas generaciones heroicas. En Julio Herrera Reissig las nuevas orientaciones no fueron un superficial alarde de originalidad aparente ni un fugitivo

deslumbramiento de civilizaciones improvisadas, sino que nacieron de las más recónditas y profundas entrañas de la raza, hijas de una sucular acumulación de ágiles fuerzas interiores. ¡Eran muy bastas sus alas para entumecerse en los recintos apolillados de la retórica! ¡Y era muy bello el infinito, para perderse en la gloria del sol, bajo la libertad sonora del viento!

El había disciplinado su voluntad, acomodando su arte y su vida á las más nobles líneas de la serenidad y de la armonía; y en medio del tumulto, entre el horrisono estruendo de las plebes ululantes, él supo conservar el gesto austero, la gracia rítmica del laticlavio y en las manos la amarga y áspera fragancia del laurel.

Fué un creador de imágenes. Y sus imágenes eran cabalgatas de centauros, de quimeras, de cosas bellas y vivas, de formas milagrosas, y de todos los leones y las águilas rampantes de una celeste heráldica de Ensueño. Bajo-relieves imperecederos

que reclamaban los frisos de un nuevo Parthenon.

El poeta se daba todo á su arte, y con la voracidad insaciable de la más imperiosa y pagana juventud, mordía en la vida como en la pulpa sangrante y jugosa de un granado, hasta embriagarse con su esencia más profunda.

Nadie como Herrera Reissig pudo esculpir al frente de sus libros, como en una lápida conmemorativa, las divinas palabras del Nazareno en la última cena, ante la sangre del vino y la carne de los panes ácidos:

— ¡Bebed, esta es mi sangre!...

— ¡Comed, este es mi cuerpo!...

El poeta ha sufrido impasible, con estoica serenidad de visionario, las agudas mordeduras de la envidia, pálida mendiga de laureles; mas como aquel peregrino de la leyenda oriental, absorto en su sueño, prosiguió su ruta hacia Damasco, sin escuchar los ladridos y sin sentir las dentelladas de los perros famélicos, que, erizados los lo-

mos y rechinantes los dientes, le interceptaban el camino. Con los ojos y el pensamiento vivos sólo para la contemplación de su meta ideal, atravesó su calvario, silencioso y altivo, con el silencio religioso de quien oye la música pitagórica de los astros y la altivez sobrehumana del que contempla sus destinos rotos; pues si es bello vencer en la vida arrebatándole su presa heroica, es aún más bello morir como un Dios aplastado por la ciega brutalidad del acaso.

En sus suntuosos *Sonetos al Asia*, revive mágicamente la pompa hechizada, lujuriante de fulgor, de sangre, de voluptuosidad y de muerte, de que están impregnadas las selvas madres de la India. Diríase un nuevo Dyonisos que atraviesa triunfalmente la tierra, centelleantes las leonadas pieles, ambigua y cruelmente bello, en su carro de oro arrastrado por panteras, entre el ¡evohé! desgarrador y epiléptico de las bacantes desnudas, y el pindárico fragor de las montañas estremecidas.

De nuevo la siringa panida ha sonado, convocando ninfas y sátiros á las guirnal-das del amor y de la danza, en la gracia inocente y primitiva de sus Eglogas; y el viejo roble de Ennio ha reverdecido para dar á la rima íntegra y melodiosa de los cuerpos, fresca y grave sombra, en sus olorosas Pastorales.

Pero no es sólo un evocador, un arcaico reflejo de civilizaciones pasadas y paisajes inverosímiles; es un animador. Los vocablos, las palabras, las rimas, las imágenes, todo adquiere un significativo valor vital y único en la obra de este nuevo Deucalión, capaz de despertar á la piedra á la vida lauda y á la animación inaudita. Y es porque en toda su labor palpita un alma vasta, ciclópea, vivificadora, y á veces terrible y fatalmente cruel como en el mito de Persefone.

Su muerte ha sido trágica, imprevista y fatal como la de un héroe; y una juventud gloriosa ha seguido su féretro con el mis-

mo dolor soberbio y mudo con que los jóvenes atenienses siguieron el cadáver de Alcibiades.

El gran Zorrilla de San Martín, Frugoni Falco, César Miranda, Pérez y Curis, Delmira Agustini, Aurelio del Hebrón, Ovidio Fernández Ríos, Minelli, todos — gloriosas realidades de hoy y fúlgidas esperanzas del mañana — sabrán tejer con las más puras é inmarcesibles flores de su genio, una corona digna de las sienas imperiales de este nuevo y magnífico Salomón de la rima, á quien tanto le debe la admiración de su patria.

Victor Pérez Petit escribía al día siguiente de la tragedia estas nobles palabras de dolor:

«Dentro de algunos años, cuando releamos sus obras, nos extrañaremos que aquel muchacho grande, desequilibrado y enfermizo, tuviese tanto genio. Entonces, acaso, experimentemos un remordimiento y una vergüenza.» Y César Miranda, otro poeta,

esculpió sobre el mármol de su lápida estas frases que tienen la concisa y conmovedora grandeza de un epitafio griego:

«Vivió en la Belleza, murió en la Gloria y renace en la Inmortalidad.»

Imperecedero será su recuerdo en la ubérrima tierra de América y en el viejo solar de España, porque españoles y americanos, unidos por los vínculos indisolubles de la lengua y de la sangre, sentiremos eternamente la sugestión fascinante de su poesía revelatriz.

Hace poco me escribía el poeta, y copio estos fragmentos de su admirable carta, porque acaso en ellos se trasluzca lo más fuerte y puro de su espíritu, y puedan darnos una idea, aunque vaga, de su compleción moral:

«Soy franco como un salvaje. Mi severidad en cuestiones estéticas no tiene límites.

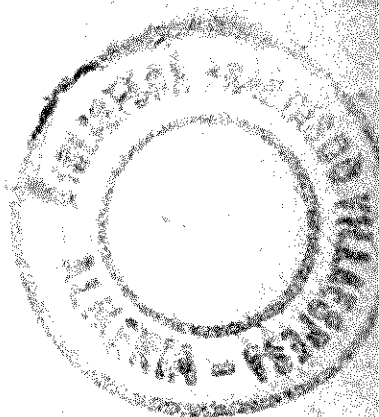
Es impertinente, soberbia, casi pedantesca. No conozco las condescendencias en arte. Las transacciones, las medias tintas,

me repugnan. Será por esto por lo que no me quieren mis colegas y jamás me consultan... Aunque, á decir verdad, me admiran y respetan como á bárbaro antiguo pertrechado de mazas.»

El poeta sentía, á pesar de las mordeduras insidiosas de que aquí había sido víctima su arte, la irresistible atracción de la raza, y continuaba:

«Tengo fiebre por pisar esa tierra ennoblecida por la sangre heroica de mis abuelos, de soñar como un califa á la sombra de las palmeras de Córdoba, de los mirtos de Granada y de los naranjos de Sevilla... Y, ¿por qué no decirlo?, esa es la verdadera patria de mi espíritu.»

El poeta se ha ido; se ha ido á otra tierra más grata á sus quimeras; pero su alma, plena, augusta y apolínea, quedará eternamente, vivificando con sus anchas é inexhaustas venas griegas, el mármol sagrado de su Necrópolis en la cima más alta de Ensueño.



¡Vosotros, hombres encanecidos en el esfuerzo constante y en la fatiga ineludible de las luchas públicas ó en el silencio lleno de promesas de los laboratorios y de los estudios, donde fermenta el porvenir, cuando os sintáis exhaustos y atormentados de súbitas nostalgias, inclinaros, como peregrinos sedientos, á refrescar vuestros labios en el sereno manantial de este poeta, que brota, como las fuentes clásicas, entre la hendidura de dos rocas, á la sombra virgiliana de los rosales y de los mirtos fiorecidos, y en su corriente encontraréis, no solamente el agua fresca que calma toda la sed del espíritu, sino también aquella otra santa y milagrosa que purifica y nos consuela!... No olvidar que la ciencia sin la poesía sería como un ciego sin lazarillo, como la sombra trágica de Edipo sin la mano consoladora y dirigente de Antígona.

Y vosotros, jóvenes de almas pensativas y atentas, que en los umbrales del misterio, como en los antiguos juegos paganos,

estáis prontos y ávidos de encender vuestra antorcha, acercáos al fuego sagrado de este espíritu de poeta que arde perennemente, como la llama de un viejo y santo lar, custodiada por las eternas vestales de la Gloria. Templad vuestros hierros en el hierro de su máxima voluntad; aprended de su vida el noble, puro y glorioso orgullo, y si sucumbís jóvenes, aún en los labios todas las mieles y fragancias de la vida y en las manos crispadas las curvas palpitantes y sangrientas de la presa que se escapa, aprended de él también á morir, flúida é impetuosamente, como el caudal de un río cuyas ondas reflejaron el milagro de los cielos, arrastrando en la epopeya de sus cantos las más armónicas y augurales voces de la inmortalidad!

Dos palabras sólo para terminar. Entre los concurrentes á este acto, honrándole con su presencia, se encuentra el ilustre ministro de Relaciones Exteriores de la República del Uruguay, Excmo. Sr. D. Antonio

Bachini, á quien tengo el honor de dirigirme, no sólo para testimoniarle mi más profundo agradecimiento, sino también para hacerle una súplica:

«Señor, si el poeta viviese, yo os diría: Enviádnoslo al viejo solar de España, como soberbio embajador del arte, para que ciñamos sus sienes, sangrientas como las de Cristo por las espinas de todos los dolores, con las más frescas y fragantes rosas de nuestros cármenes. Ya que el poeta ha muerto, sólo me resta suplicaros que, cuando regreséis á Montevideo, la vasta ciudad del Futuro, que Herrera Reissig ha llenado de orgullo con la gloria de su nombre, coloquéis sobre su tumba, en nombre de un hermano de su corazón y de su alma y en el de toda la mentalidad española, una noble y perenne rama de laurel.»

POESÍAS DE JULIO HERRERA REISSIG

I

LOS ÉXTASIS DE LA MONTAÑA

EL BAÑO

Entre sauces que velan una anciana casuca,
donde se desvistieran, devorando la risa,
hacia el lago Foloe, Sapho y Ceres, de prisa
se adelantan en medio de la tarde caduca.

Atreve un pie Foloe, bautízase la nuca,
y ante el espejo de ámbar arróbase indecisa;
meneando el talle Sapho respinga su camisa
y corre, mientras Ceres gatea y se acurruca...

Después de agrias posturas y esperezos felinos,
gimiendo un ¡ay! glorioso se abrazan á las ondas
que críspanse con lúbricos espasmos masculinos.

Mientras ante el misterio de sus gracias redondas
Loth, Fhebo y David, púdicos tanto como ladinos
las contemplan y pálidos huyen entre las frondas!

EL ESPEJO

Se hunden en una sorda crisis meditabunda...
El Ocaso suaviza los últimos enojos,
y Neith enjuga el oro líquido de sus ojos,
triste como su hermana, la tarde moribunda...

Conspira en acres vahos la insinuación fecunda
de la Naturaleza, por siembras y rastros,
y ellos, que ora se brindan flores en vez de abrojos,
suman entrelazados una unidad profunda.

Largamente, idealmente, como un sacro beleño,
Bion la apura de un beso hasta el fondo del sueño...
Por no verla, en procura de un instante de calma,

cierra luego los ojos, declinando en el hombro
la armoniosa cabeza, y ¡oh! dulcísimo asombro,
como en un claro espejo la contempla en el alma!

LA SIESTA

No late más que un único reloj: el campanario,
que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,
el cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado se duerme el boticario...
En la plaza yacente la gallina cloquea
y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
junto á la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores,
bendice las faenas, reparte los sudores...
Madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda

las ropas que el domingo sufren los campesinos...
Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
huye, soltando coces, de los perros vecinos.

LA HUERTA

Por la teja inclinada de las rosas techumbres
descienden en silencio las horas... El bochorno
sahuma con bucólicas fragancias el contorno
ufano como nunca de vistosas legumbres.

Hécuba diligente da en reparar las lumbres...
Llegan por el camino cánticos de retorno.
Iris, que no ve casi, abandona su torno,
y suspira á la tarde, libre de pesadumbres.

Obscurece. Una mística Majestad unge el dedo
pensativo en los labios de la noche sin miedo...
No llega un solo eco, de lo que al mundo asombra,

á la almohada de rosas en que sueña la huerta...
Y en la sana vivienda se adivina la sombra
de un orgullo que gruñe como un perro á la puerta

EL CURA

Es el Cura... Lo han visto las crestas silenciarias,
luchando de rodillas con todos los reveses,
salvar en pleno invierno, los riesgos montañeses
ó trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
saltan como sortijas gracias involuntarias;
y en su asnotaumaturgo de indulgencias plenarias,
hasta el umbral del cielo lleva á sus feligreses...

Él pasa del hisopo al zueco y la guadaña;
él ordeña la pródiga ubre de su montaña
para encender con oros el pobre altar de pino;

de sus sermones fluyen suspiros albahaca:
el único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

LA IGLESIA

En un beato silencio el recinto vegeta.
Las vírgenes de cera duermen en su decoro
de terciopelo lívido y de esmalte incoloro;
y San Gabriel se hastía de soplar la trompeta...

Sedienta, abre su boca de mármol la pileta.
Una vieja estornuda desde el altar del coro...
Y una legión de átomos sube un camino de oro
aéreo, que una escala de Jacob interpreta.

Inicia sus labores el ama reverente :
Para saber si anda de buenas San Vicente
con tímidos arrobos repica la alcancía...

Acá y allá maniobra después con un plumero,
mientras, por una puerta que da á la sacristía,
irrumpe la gloriosa turba del gallinero.

EL TEATRO DE LOS HUMILDES

Es una ingenua página de la Biblia el paisaje...
La tarde en la montaña moribunda se inclina,
y el sol un postrer lampo, como una aguja fina,
pasa por los quiméricos miradores de encaje.

Un vaho de infinita guturación salvaje,
de abstrusa disonancia, remonta á la sordina...
La noche dulcemente sonríe ante el villaje,
como una buena muerte á una conciencia albina.

Sobre la gran campaña verde, azul y aceituna,
se cuajan los apriscos en vagas nebulosas,
cien estrellas lozanas han abierto una á una,

rasca un grillo el silencio perfumado de rosas...
El molino en el fondo abrazando la luna
inspira de romántico viejo tiempo las cosas!

LA NOCHE

La noche en la montaña mira con ojos viudos
de cierva sin amparo que vela ante su cría;
y como si asumieran un don de profecía,
en un sueño inspirado hablan los campos rudos.

Rayan el panorama, como espectros agudos,
tres álamos en éxtasis... Un gallo desvaría,
reloj de media noche. La grave luna amplía.
las cosas, que se llenan de encantamientos mudos.

El lago azul de sueño, que ni una sombra empaña,
es como la conciencia pura de la montaña...
A ras del agua tersa, que riza con su aliento,

Albino, el pastor loco, quiere besar la luna.
En la huerta sonámbula vibra un canto de cuna...
Aullan á los diablos los perros del convento.

EL ALBA

Humean en la vieja cocina hospitalaria
los rústicos candiles... Madrugadora leña
infunde una sabrosa fragancia lugareña,
y el desayuno mima la vocación agraria...

Rebota en los collados la grito rutinaria
del boyero que á ratos deja la yunta y sueña...
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
ofrece á Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus beatos nocturnos,
salen de los establos, lentos y taciturnos,
los ganados. La joven brisa se despereza...

Y como una pastora, en piadoso desvelo,
con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
el Alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

OTOÑO

La drúidica pompa de la selva se cubre
de una gótica herrumbe de silencio y estragos;
y Cibeles esquivaba su balsámica ubre,
con un hilo de lágrimas en los párpados vagos...

Sus cabellos de místico azafrán llora Octubre
en los lívidos ojos de muaré de los lagos.
Las cigüeñas exodan. Y los buhos aciagos
ululúan la mofa de un presagio insalubre...

Tras de la cabalgata de metal, las trahillas
ladran á las casacas rojas y á las hebillas...
El cuerno muge. Todo ríe de austera corte.

El abuelo Silencio trémulo se solaza...
Y zumba la leyenda ecuestre de la caza,
en medio de un hierático crepúsculo del Norte.

LA MISA CÁNDIDA

Jardín de rosa angélico, la tierra guipuzcoana!
Edén que un Fra Dómenico soñara en acuarelas...
Los hombres tienen rostros vírgenes de manzana
y son las frescas mozas óleos de antiguas telas.

Fingen en la apretura de la calleja aldeana,
secretarse las casas con chismosas cautelas.
Y estimula el buen ocio un trin-trín de campana,
un pum-púm de timbales y un fron-frón de vihuelas.

Oh campo siempre niño! Oh patria de alma proba!
Como una virgen, mística de tramonto, se arroba...
Aves, mar, bosques: todo ruge, solloza y trina

las Bienaventuranzas sin código y sin reyes...
Y en medio á ese sonámbulo coro de Pallestrina,
oficia la apostólica dignidad de los bueyes!

LA CASA DE LA MONTAÑA

Ríe estridentes glaucos el valle; el cielo franca
risa de azul; la aurora ríe su risa fresca,
y en la era en que ríen granos de oro y turquesa,
exulta con cromático relincho una potranca...

Sangran su risa, flores rojas en la barranca;
en sol y cantos ríe hasta una obscura huesa;
en el hogar del pobre ríe la limpia mesa,
y allá sobre las cumbres la eterna risa blanca...

Mas nadie ríe tanto, con risas tan dichosas,
como aquella casuca de corpiño de rosas
y sombrero de teja, que ante el lago se alinea...

¿Quién la habita? Se ignora. Misteriosa y huraña
se está lejos del mundo sentada en la montaña,
y ríe de tal modo que parece una niña!



EL GENIO DE LOS CAMPOS

Por donde humea el último arado en los cultivos,
agrias interjecciones el eco desentona.
De tarde en tarde el ámbito trasunta en su bordona
la égloga que sueñan los campos subjetivos.

Alamos oxidados y sauces compasivos...
Aldeanas con cestos de fruta. Una amazona...
El silencio en la inerte cartuja congestiona
de mística Edad-Media los panoramas vivos.

Insinúase un vaho de fresales maduros,
con sabrosas resinas y violentos sulfuros...
Bajo el vetusto puente, clásica linfa corre,

holgándose entre vegas de ópalo y de raso,
mientras, muezín sonámbulo, la esquila de la torre
traspasa de ultratumba y de Dios el Ocaso!



DIVAGACIONES ROMÁNTICAS

POEMA VIOLETA

I

Hora de ¡adiós! y ¡quién sabe!
de ¡te amo! y ¡eres mía!...
Tu mano tiene una suave
fragancia á melancolía!...

Tu peinador lila viste
la ambigua tarde ojerosa
y está llena de una rosa
felicidad... algo triste!

Todo flota en un dormido
ambiente de Más Allá...
y la tarde en tu vestido
se embriaga de resedá...

II

Te llaman Melancolía
hermana del Arpa Eólica,
porque eres el alma mía
y mi alma es melancólica...

Muere la tarde de seda,
muere la tarde y me encanta...
Tiene la fragante y queda
agonía de una santa!...

III

Cede á mi lírico arranque,
en tanto que taciturnos
sollozan en el estanque
los violoncelos nocturnos!

Deja rodar la fortuna,
ebriamente descuidada,
como un rosario por una
mano que ha estado entregada.



Tu dolor que apenas noto,
como una tenue fragancia,
tiene la triste elegancia
de tu primer guante roto.

No temas que te hagan daño
mis fieras desolaciones:
como Pedro el Ermitaño
jugarás con los leones.

En todo este desconsuelo
que late dentro de mí,
sabe que hay mucho de cielo
espolvoreado de ti!

Consolará mi infortunio
tu frente, que es la mitad
serena de un plenilunio
pálido de Eternidad!

A LA MANERA DE SCHUMANN

En tus férvidas pupilas
reza mi esperanza y todas
celebran sus dulces bodas
tus ilusiones tranquilas.

Tú hablas y en mis dolores
antiguos sale la luna,
y trina al instante una
pareja de ruiseñores.

En mi pálida vigilia
tu recuerdo viene á mí,
como un olor de benjuí
nostálgico de familia.

Todo te adora... el hierático
cisne de ensueños, se esponja...
copia el crepúsculo extático
tus actitudes de monja.

La tarde que unge tu vida
y que dora tus quimeras,
se detuvo en tus ojeras
hasta quedarse dormida.

Una antigua aristocracia
tu eufónica mano afila
y atenúa tu pupila
de un vago polvo de gracia.

Son cisnes de negros copos
en la tarde que caduca,
los rizos que hay en tu nuca
de cambiantes heliotropos.

Misterio, pena ó reproche,
es esa arruga tranquila
que pone un poco de noche
en tu frente de Sibila.

Yo era feliz y risueño...
pasó tu sombra á mi lado
y en forma de ¡ay! afilado,
me hundió un puñal en el sueño.

Cuando abates tus miradas
me suspira Lohengrín,
y me llaman del jardín
de las almas inclinadas.

No camines tan deprisa;
detén el paso y deshoja
sobre mi negra congoja
como un clavel, tu sonrisa.

Bien cupieran en tu joven
Abril, mis horas que abrumen,
como un dolor de Beethoven
en un ensueño de Schumann.

Abrázame ¡oh blanda cruz!
Amor me unirá á tu encanto
con sangre, besos y llanto,
como con clavos de luz.

Y, pues, lo quiere la suerte...
Como Ofelia un azahar,
deshojando el verbo amar,
entraremos en la Muerte!

EGOÍSMO

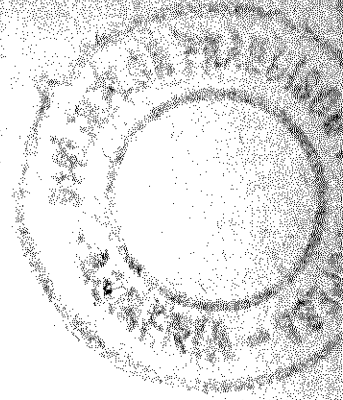
«Agua de olvido, yo necesito»!
Gritó á mi alma tu vida rota...
¡Horrendo grito!

Yo vi en tus ojos el infinito
y tú en los míos la Nada Eterna!
Y en tu derrota
yo no te quise dar ni una gota
del agua dulce de mi cisterna!

Sombra de muerte, yo necesito!»
Gritó á tu alma mi desconsuelo...
¡Horrendo grito!

Yo estaba pálido de Infinito,
y tú solemne de Augusta Nada.
Y en mi desvelo,
tú no quisiste darme el consuelo
de tu profunda noche estrellada!





LOS PARQUES ABANDONADOS

AMAZONA

Sobre el arnés de plata y pedrería,
en un trono de vértigo y marea,
te erguiste, Zodiacal Pentesilea,
símbolo de la Eterna Geometría...

Zigzagueó el rayo de tu fusta impía,
y humeando, en nimbos de ópalo, chispea
sulfúrico el bridón, sangra y bravea,
y escupe rosas en la faz del día.

Contra la Muerte, de un abismo á otro,
blandió tu mano capitana el potro...
En un apocalipsis iracundo

lo dislocó y ante la cumbre, indemne
surgiste sobre el sol, roja y solemne,
como un Arcángel incendiando un mundo!...

EX-VOTO

Cantaban los estanques de agua ciega...
al mismo tiempo que quintaesenciara
tu amor, como una ambigua dulcamara
de miel y duda, en la armoniosa vega.

El bosque olía á mirras como un ara...
Y los delfines de la fuente griega
soplaban en su trompa solariega
enamorados de la linfa clara.

Me arrodillé. Y apenas á la infija
opalescencia, junto al sicomoro,
se abrió tu mano de musmé prolija.

Te dí bajo el crepúsculo sonoro,
sobre el áspid sutil de una sortija,
mi alma en una lágrima de oro!...

80° Está el desierto pálido de sed...

En una ascética ilusión de Brahma,
sobre el confín del vago anacronismo,
magma el equívoco espejismo
la inverosímil inquietud de un drama.

Soñando con la sed un tigre brama
al desierto que en áurico ensimismo,
como enigma de extraño gongorismo,
su gran silencio emocional derrama.

El fino promontorio tiende el cuello,
cual echado y exánime camello
de sudoroso y exabrupto lomo.

Y entretanto que atisba alguna presa,
envuelve el mar un beso de turquesa
en su sonrisa de papel de plomo.

CONSAGRACIÓN

Surgió tu blanca majestad de raso,
toda sueño y fulgor en la espesura,
y era en vez de mi mano — atenta al caso —
mi alma quien oprimía tu cintura...

De procaces sulfatos una impura
fragancia conspiraba á nuestro paso,
en tanto, que propicio á tu ventura,
llenóse de amapolas el ocaso.

Pálida de inquietud y casto asombro,
tu frente declinó sobre mi hombro...
Uniéndome á tu sér, con suave impulso,

al fin de mi espacioso simulacro,
de un largo beso te apuré convulso,
hasta las heces, como un vino sacro!...



ÓLEO BRILLANTE

Fundióse el día en mortecinos lampos,
y el mar y la cantera y las aristas
del monte, se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Negó la luna y un billón de ampos
alucinó las caprichosas vistas,
y embargaba tus ojos idealistas
el divino silencio de los campos.

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, á mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas,
y erró, á lo lejos, un rumor obscuro
de carros, por el lado de las quintas!...

EL CREPÚSCULO DEL MARTIRIO

Te vi en el mar, te
oí en el viento...

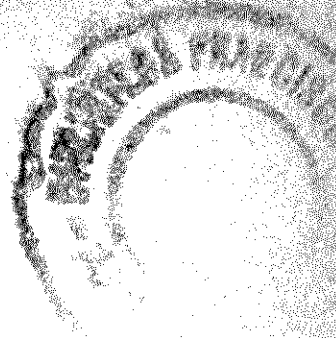
OSSIAN.

Con sigilo de felpa, la lejana
piedad de tu sollozo en lo infinito
desesperó, como un clamor maldito
que no tuviera eco... La cristiana

viudez de aquella hora, en la campana
llegó á mi corazón... y en el contrito
recogimiento de la tarde, el grito
de un vapor fué á morir á tu ventana.

Los sauces padecían con los vagos
insomnios del molino... La profunda
superficialidad de tus halagos

se arrepintió en el mar... Y en las riberas
echóse á descansar meditabunda,
la caravana azul de tus ojeras!...



LA SOMBRA DOLOROSA

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;
una congoja de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote á lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano
me hablaban con supremas confianzas
los mudos apretones de tus manos,

manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano,
aullando de dolor hacia la ausencia.

¡Otoño, amante de las físicas!
Tiene el crepúsculo camelias rojas.

Vibra en el aire de metal sonoro
el desmayado adiós de un postrer beso,
y el sol fallece como un ígneo Creso,
en el misterio de su drama de oro.

Su violón monocorde muge un toro,
pregonando su místico regreso,
y hay en sus ojos un dolor carmeso
humedecido por extraño lloro.

Entre el síncope mustio de las hojas,
obnubilada por pasiones rojas,
sueña un crimen la excéntrica laguna.

Y como si deseara que la arroben.
en su tisis romántica, la luna
escribe una sonata de Beethoven.



LOS MAITINES DE LA NOCHE

Primavera celebra las pubertades...

Un crimen de cantáridas palpita
cabe el polen. Floridos celibatos
perecen de pasión bajo los gratos
azahares perversos de Afrodita.

Como un corpiño que á besar excita,
el céfiro delinque en los olfatos;
mientras llueven magníficos ornatos
á los pies de la virgen de la ermita.

Tocando su nerviosa pandereta
una zagala brinca en el sendero;
y al repique pluvial de la pileta,

como un ritmo de arterias desmayadas,
se extinguen en el turbio lavadero
las rosas de las nuevas iniciadas.

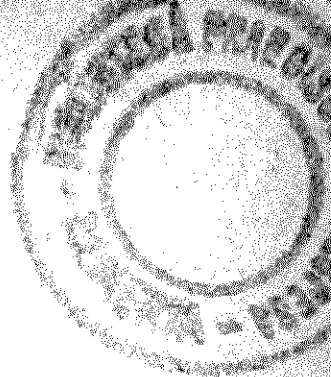
ELOCUENCIA SUPREMA

La odiaba con pasión, con entusiasmo...
Y ¡oh dicha de vengarme! A poco trecho
el mar. La noche arriba. Y yo en acecho,
gustándola con risa y con sarcasmo!...

Miréla ante el abismo. Sentí espasmo...
Iba ya á hundirla en el dantesco lecho;
hablome el mar... se conturbó mi pecho...
Y me detuve con profundo pasmo!

Ante esa voz, la noche, el inaudito
silencio eterno, comprendí contrito,
¡cuán pequeño y fugaz es lo que existe!...

Impetrela perdón con hondo acento...
Ella fué blanda. Y desde aquel momento
suyo es mi amor ligeramente triste.



PANTEÍSMO

Los dos sentimos ímpetus reflejos,
oyendo—junto al mar—los fugitivos
sueños de Glück y por los tiempos viejos,
rodaron en su tez oros furtivos...

La luna hipnotizaba nimbos vivos,
surgiendo entre abismáticos espejos.
Calló la orquesta y descendió á lo lejos
un Enigma de puntos suspensivos...

Luego: la Inmensidad, el astro, el hondo
silencio, — todo penetró hasta el fondo
de nuestro sér... Un inaudito halago

de consubstanciación y aéreo giro,
electrizónos, y hacia el éter vago
subimos en la gloria de un suspiro!...

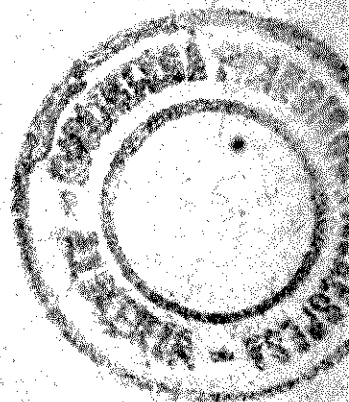
NOCTURNO

Todo era amor en el lozano ambiente;
todo era fiesta en el galante prado,
y en un banco decrepito á tu lado,
yo sólo el mudo y tú la indiferente...

¿A qué insistir?—me dije obsesionado,
muerta de noche y sin color la frente;
¿á qué insistir? Si esta mujer no siente,
si no sabe llorar, ni nunca ha amado!...

Soñó la orquesta en la terrasse contigua,
y todo se llenaba de una ambigua
pesadilla de Schumann. Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,
aparecía, bajo un tul de llanto,
como un rayo de luna entre dos nubes!...



EXPIACIÓN

Errando en la heredad yerma y desnuda,
que evocáramos horas tan distintas,
bajo el ciprés, nos remordió una aguda
crisis de cosas para siempre extintas...

Vistió la tarde soñadoras tintas,
á modo de romántica viuda,
y al grito de un piano entre las quintas
rompímos á llorar, ebrios de duda!

Llorábamos los íntimos y aciagos
muertos, que han sido nuestros sueños vagos...
Por fin, á trueque de glacial reproche,

sembramos de ilusión aquel retiro,
y graves, — con el último suspiro —
salimos de la noche, hacia la noche!...

EL JURAMENTO

A plena Inmensidad—todas las cosas
nos efluvieron de un secreto mago,
Walter Scott erraba sobre el lago
y Lamartine soñaba entre las rosas...

Tus dedos, en prisiones, temblorosas...
henchímonos de azul éxtasis vago,
venciendo á duras penas un amago
inefable de lágrimas dichasas.

Ante Dios y los astros nos juramos
amarnos siempre como nos amamos...
Y un astro fugitivo—aquel momento —

sesgó de plano á plano el infinito,
como si el mismo Dios hubiera escrito
su firma sobre nuestro juramento!...

EL SAUCE

A mitad de mi fausto galanteo,
su sombrilla de sedas cautelosas,
la noche desplegó y un lagrimeo
de estrellas hizo hablar todas las cosas...

Erraban las Walkyrias vaporosas
de la bruma y en cósmico mareo
parecían bajar las nebulosas
al cercano redil del pastoreo...

En un abrazo de postrer arranque,
caímos en el ángulo del bote...
Y luego, que llorando ante el estanque,

tu invicta castidad se arrepentía,
el sauce, como un viejo sacerdote,
gravemente inclinado, nos unía!...

EL SUSPIRO

Quimérico á mi vera concretaba
tu busto albar su delgadez de ondina,
con mística quietud de ave marina
en una acuñación escandinava...

Era mi pena de tu dicha esclava
y en una loca nervazón divina
el tropel de una justa bizantina
en nuestro corazón tamborilaba...

Strauss soñó desde el atril del piano
con la suave epilepsia de tu mano...
Mendigo del azul que me avasalla,

en el hosco trasluz de aquel retiro,
de la noche oriental de tu pantalla,
bajó temblando mi primer suspiro!

LA RECONCILIACION

Alucinando los silencios míos,
al asombro de un cielo de extrañeza,
la flébil devoción de tu cabeza
aletargó los últimos desvíos.

Con violetas antiguas, los tardíos
perdones de tus ojos mi aspereza
mitigaron. Y entonces la tristeza
se alegró como un llanto de rocíos.

Una profética eflusión de miedos,
entre el menudo aprisco de tus dedos,
como un David, al piano interpretaba.

En tanto, desde el místico occidente,
la media luna, al ver que te besaba,
entró al jardín y se durmió en tu frente.

EL ENOJO

Todo fué así: Sahumábase de lilas
y de heliotropo el viento en tu ventana:
la noche sonreía á tus pupilas,
como si fuera su mejor hermana...

Mi labio trémulo y tu rostro grana
tomaban apariencias intranquilas,
fingiendo tú mirar por la persiana
y yo soñar al son de las esquilas.

Vibró el chasquido de un adiós violento!...
Cimbraste á modo de una espada al viento●
y al punto en que iba á desflorar mi tema,

gallardamente en ritmo soberano,
desenvainada de su guante crema,
como una daga, me afrentó tu mano.

DECORACIÓN HERÁLDICA

Señora, de mis pobres hamenajes,
débote amar aunque me ultrajes.

GÓNGORA.

Soñé que te encontrabas junto al muro
glacial donde termina la existencia,
paseando tu magnífica opulencia
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pie, decoro del marfil más puro,
hería con satánica inclemencia,
las pobres almas, llenas de paciencia,
que aún se brindaban á tu amor perjuró.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,
igual que un triste corderito ciego,
la huella perfumada de tu sombra,

buscó el suplicio de tu regio yugo,
y bajo el raso de tu pie verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

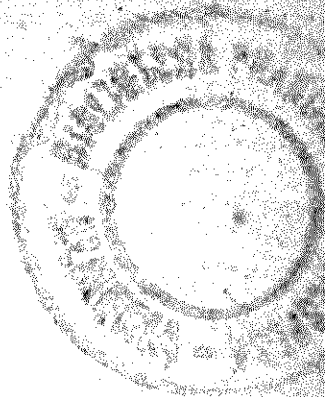
SEPELIO

Mirándote en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus ojos de palomas mensajeras
volvían de los astros, dulcemente...

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreí, feroz... indiferente...

La luna que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena,
ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo;

un beso helado... una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fué todo:
todo pasó sin que pasase nada!...



COLOR DE SUEÑO

Anoche vino á mí, de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta,
y sus náufragos ojos sin consuelo...

Sobre su mustia frente descubierta,
languidecía un fúnebre asfodelo,
y un perro aullaba en la amplitud de hielo,
al doble cuerno de una luna incierta...

Yacía el índice en su labio, fijo
como por gracia de hechicero encanto.
Y, luego, que movido por su llanto,

quién, era, al fin, la interrogué, me dijo:
— Ya ni siquiera me conoces, hijo,
¡si soy tu alma que ha sufrido tanto!...

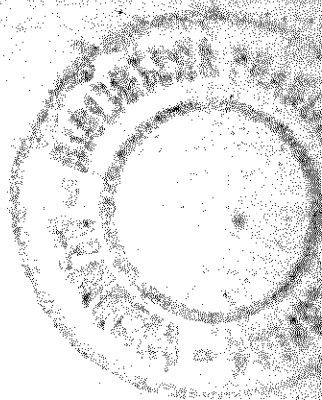
SEPELIO

Mirándote en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus ojos de palomas mensajeras
volvían de los astros, dulcemente...

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreí, feroz... indiferente...

La luna que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena,
ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo;

un beso helado... una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fué todo:
todo pasó sin que pasase nada!...



COLOR DE SUEÑO

Anoche vino á mí, de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta,
y sus náufragos ojos sin consuelo...

Sobre su mustia frente descubierta,
languidecía un fúnebre asfodelo,
y un perro aullaba en la amplitud de hielo,
al doble cuerno de una luna incierta...

Yacía el índice en su labio, fijo
como por gracia de hechicero encanto.
Y, luego, que movido por su llanto,

quién, era, al fin, la interrogué, me dijo:
— Ya ni siquiera me conoces, hijo,
¡si soy tu alma que ha sufrido tanto!...

LA MUERTE DEL PASTOR

BALADA EGLÓGICA

Infelix ó semper, oves pecus..•

VIRGILIO.

I

Se lo dijo á la fontana
el llanto de una aldeana,
ya el carrizal no lo duda,
que oyó gemir al Poeta.

Todo, todo, lo trasuda:
el sauce y la mejorana...
Es bien cierto: Pobre nieta!...
Lo cuenta en su lengua ruda
la Soledad rusticana;
lo deplora la campana
desde la Ermita desnuda,
la zampoña que está muda,
la flauta y la pandereta
y hasta el cielo que interpreta
una gran tristeza humana...
Pobre nieta!...
Pobre abuelo!...

Hay un gran beso de duelo
en la quietud del ambiente.
Murió el pastor: quién lo duda!

Desde la Ermita hasta el Huerto,
la montaña lentamente
se está vistiendo de viuda!...
Es cierto, es cierto!
Ya todos saben que ha muerto
el mozo de la carreta...

Por el camino violeta
su corazón va llorando
como un cordero inexperto:
Armando! Armando!...

El alma de las montañas,
de sugestiones tranquilas,
mira, con penas hurañas,
aquellas claras pupilas
que en el camino violeta
lloran con lágrimas lilas...

Muda está la pandereta,
mudas están las esquilas,

ya nadie emboca las cañas,
desde que Armando está ausente,
en tanto que las montañas
miran pasar lentamente
aquellas vagas pupilas
que, tarde á tarde, intranquilas
van á llorar á la fuente...

Cuánto tarda la carreta!
Armando! Armando!...
Van sus ojos escrutando
por el camino violeta...

Por el camino violeta
va la pastora llorando,
sin rumbo; no tiene mando
su voluntad incompleta...

— Lloras acaso por Armando,
el mozo de la carreta?
Adónde van sus pupilas?
Por el camino violeta
va la pastora dejando

su alma en lágrimas lilas.

Armando! Armando!...

Murió su pastor? Es cierto?

Ella interroga á la vieja

choza y al campo desierto

á la distancia bermeja

y hasta al porfiado pedrisco..

A la retama, al lentisco,

á la vaguedad perpleja

de aquel horizonte incierto,

al palomar, al aprisco,

al buey y al cardal arisco,

al asno, á la comadreja,

á la congoja del Huerto,

al buho rapaz que bisco,

un mito burlón semeja...

y todo le grita: ha muerto!...

Armando! Armando!

su corazón va llorando

como un cordero inexperto...

II

Cruza junto al Adivino,
junto al Sabio y al Poeta ,
no se fija en el pollino
del anciano Anacoreta,
y atraviesa la meseta,
bajo el misterio opalino
de aquella tarde secreta...

Adónde va? Qué la inquieta?
Ya la perdieron de vista
las cabañas lugareñas,
el pañuelo de batista
que de lejos le hizo señas,

el sonámbulo molino
y hasta el estanque amatista
donde termina el camino...

Va sin rumbo, soñadora
por el camino violeta,
la pastora...

Por qué llora?

Desde cuándo?

Adónde va? Qué la inquieta?

Hoy se tarda más que nunca la carreta...

Armando! Armando!...

El aire es de terciopelo...

Por el camino violeta,
cual á través de una grieta,
se ve cómo piensa el cielo.

En el umbral el abuelo
está esperando á su nieta,
tiene en la mano un pañuelo
y en los ojos el consuelo
de una lágrima secreta...

Desde que partió la nieta,
llora á menudo el abuelo,
y por un ceño de hielo
se encuentra ¡ay Dios! obsedido.

Él hace, con su pañuelo,
señas al Sabio, al Poeta...

A la inválida carreta
de andar penoso y dolido,
á la corneja, al mochuelo,
y al misterioso cometa
que, hace noches, desde el cielo
le está diciendo: Y tu nieta?
¡Mal año tienes abuelo!...

No es esa, no, la carreta
que tú esperabas, ni el vuelo
de aquellas cornejas grises
te traerá de los países
tenebrosos á tu nieta...

Pobre abuelo! Pobre nieta!...
Ya no verás la carreta
por el atajo vecino,
ya no oirás la pandereta,
ni comerás del tocino
que te brindara tu nieta...

Ya ni el Sabio, ni el Poeta
podrán darte algún consuelo,
ya no tendrás otro abrigo
que la lámpara del cielo,
ni tendrás más fiel amigo
que el pobre perro mendigo,

que fué en un tiempo de Armando,
y que ha de venir llorando
á consolarse contigo.

Armando! Armando!

III

El aire es de terciopelo...
Por el sendero vecino
llega un eco mortecino
de voces graves; el cielo
tiene un ensueño opalino...
Á la vera del camino,
el Sabio y el Adivino
conversan con el Poeta
sobre el Amor y el Destino.

De repente, el Adivino,
después de invocar al cielo,
solemnizó: -- ¡Pobre Armando!...

Es un decreto divino!...

Dios sabe... — y sobre el pañuelo
se inclinó un rato llorando...

Dice el sabio:—Qué saeta
tuvo el ingrato destino!...

—Cierto!—reza el Adivino,
era virtuoso, era blando!...

Dice á su turno el Poeta:

—Hemos perdido un amigo!...

Mientras el perro mendigo
se acerca al grupo ladrando.

Armando! Armando!...

Hoy no viene la carreta...

¡Qué desolación secreta

tiene la tarde en el Huerto!

Adónde irá la pastora!

Se habrá extraviado que llora
como un cordero inexperto?

IV

A la orilla de un camino
que frecuentó por su infancia,
oye el rumor campesino
de una antigua resonancia...

Es el pino, el viejo pino,
que le murmura temblando:
— Qué es de la vida de Armando?
Cuál ha de ser tu destino?
Armando! Armando!...

En una de esas mañanas,
de esas mañanas muy blancas,
que parecen tener francas
ingenuidades de hermanas...

En una de esas mañanas,
al pie de ese mismo pino,
se dieron el primer beso
y partieron su destino
con una sola palabra,
mientras partieron el queso,
el pan, la leche de cabra,
la miel y las avellanas!...
En una de esas mañanas...

El perejil y el hinojo,
el romero y el tomillo,
laman el ruedo sencillo
de su trajecito rojo;
y por el vago rastrojo
y el carrizal amarillo,
llega Lux, el perro cojo
que perdió á su postorcillo.
Armando! Armando!...

Cómo lo ha perdido y cuándo,
de qué suerte? Lux lo ignora,
pero aulla y lo deplora,

y al presentir la pastora,
brizna á brizna rastreando,
corre á su encuentro, la implora,
pregúntale por Armando,
si es que murió, cómo y cuándo?
Y se arrodilla y lo llora.
Armando! Armando!...

— Adónde fué el pastorcillo?

— Adónde irá la pastora?

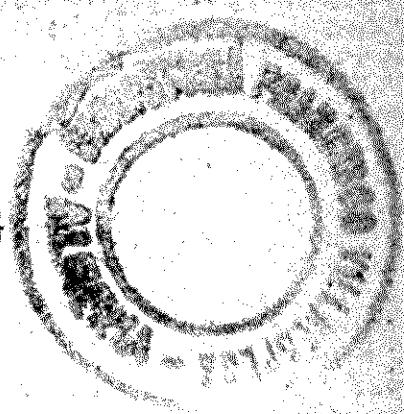
— Qué será del perro cojo?

El Adivino lo ignora,
y también el rueda rojo
y el perejil y el tomillo!...

V

Nunca vendrá la carreta...
Ya no se oyen las tranquilas
dulzuras del caramillo,
y el crepúsculo amarillo
cuenta una historia secreta...

Muertas están las esquilas,
colgada la pandereta...
Sólo gime la campana
desde la Ermita desnada,
bajo el cielo que concreta
una gran tristeza hermana!...



Mas, ciertas noches no hay duda,
cuenta la grey rusticana,
suele verse una carreta
y detrás una serrana
tocando la pandereta,
por el camino violeta
que conduce á la fontana...

— Adiós, mañanas tranquilas!
¡Oh qué destino nefando!
Diz que llora la silueta,
siempre andando, siempre andando.

— Qué ven sus glaucas pupilas?
Adónde marcha sin mando
su voluntad incompleta?...
Por el camino violeta,
va la pastora dejando
su alma en lágrimas lílas.
Armando!... Armando!...

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria	7
Julio Herrera Reissig.....	9
Los éxtasis de la montaña.....	37
El baño	39
El espejo	40
La siesta.....	41
La huerta.....	42
El cura	43
La iglesia.....	44
El teatro de los humildes.....	45
La noche.....	46
El alba	47
Otoño	48
La misa cándida.....	49
La casa de la montaña	50
El genio de los campos.....	51
Divagaciones románticas.....	53
Poema violeta.....	55

	Páginas.
A la manera de Schumann.....	60
Egoísmo.....	64
Los parques abandonados.....	67
Amazona.....	69
Ex-voto.....	70
Consagración.....	72
Óleo brillante.....	73
El crepúsculo del martirio.....	74
La sombra dolorosa.....	75
Los maitines de la noche.....	77
Elocuencia suprema.....	78
Panteísmo.....	79
Nocturno.....	80
Expiación.....	81
El juramento.....	82
El sauce.....	83
El suspiro.....	84
La reconciliación.....	85
El enojo.....	86
Decoración heráldica.....	87
Sepelio.....	88
Color de sueño.....	89
La muerte del pastor.....	91
Índice.....	109

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN MADRID
EN LA
IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3,
EL DÍA 21 DE JULIO
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
ONCE



